Sé inconsciente cual una hoja que arrastra el viento.
Tu mayor enemigo está en tu pensamiento.
Ahoga tus sentimientos entre tus propias manos,

no vayan en sus garras ellos á estrangularte,
y piensa que en ti llevas hoy vivos los gusanos
que mañana en la tumba habrán de devorarte—.

ROMANCES MORISCOS

Á AUGUSTO VIVERO

I

Por las cadenas sujeto
al viejo muro, soñaba
el cautivo con los cielos
espléndidos de su Patria,
cuando vió una golondrina
gorjeando en la ventana.

Y así díjo, suspirando,
llenos los ojos de lágrimas:

«—Golondrina, que regresas
de las costas africanas,
¿anidaste en la palmera
que presta sombra á mi casa?

Al alegrar con tus trinos
las familiares estancias,
¿sollozando por mi ausencia
encontraste á mis hermanas?

¿Puede el brazo de mi padre
sostener aún la lanza?
¿Cuál de mis hermanos monta
en mi corcel de batalla?

¡Golondrina, golondrina,
acaso viste á mi amada
junto al brocal, silenciosa
llenar, bajo el Sol, el ánfora,
mientras al fondo del pozo
por mí su llanto rodaba?—»

Y tanto lloró el cautivo
las nostalgias de su Patria,
que en el duro pavimento
un hoyo hicieron sus lágrimas.

II

—Por tu amor, cristiano, diera
las riquezas de la Alhambra,
las perlas de mis collares,
las más hermosas esclavas,
y la sangre de mis venas,
y la luz de mis miradas...

Vestirás soberbios trajes,
ceñirás doradas armas;
cien pajes para servirte,
cien negros para tu guardia,
y el palacio más espléndido
de la Vega de Granada.

¡Te amo con tanta locura,
que cuando en tu encierro cantas,
hasta la sangre en mis venas
para escucharte se para!—

Abrazada á las rodillas
del cautivo, así clamaba
Sobeya, la favorita
del rey moro de Granada,
destrenzados los cabellos
y la faz bañada en lágrimas:

«—Le di palabra de amores
á una infanta castellana,
y los nobles de mi tierra
nunca olvidan sus palabras.—»

Y arrastrando las cadenas
que al muro le sujetaban,
á la hermosa favorita
volvió el cautivo la espalda.

«—¡Al amor que has ofendido
los celos darán venganza!
Te haré arrancar esos ojos
que vieron correr mis lágrimas,
y te sacaré la lengua
que me hirió con sus palabras...

Y tu cadáver, colgado
bajo la almena más alta,
será alimento de cuervos
y presa viva del águila.—»

Rugió Sobeya, cerrando
la puerta con tanta rabia,
que crujió la cerradura
cual si fueran á forzarla...

Mandó llamar al verdugo,
y en azafate de plata
la cabeza del cautivo
mandó á la corte de España.

III

Tras una falsa salida,
de Orán junto á las murallas,
el viejo moro Almanzor
desangrándose expiraba,
con el pecho atravesado
por el hierro de una lanza.

Y así le dijo á su hijo
que arrodillado á sus plantas
con el lino de su manto
la sangre le restañaba:

«—No me arranques, hijo mío,
este hierro que me mata,
que quiero hacerte un encargo
antes que vuele mi alma.

En una bolsa de cuero
que pende de mi garganta,
guardo la llave de oro
de mi casa de Granada.

Está al pie de los bermejos
torreones de la Alhambra,
y su blancura se espeja
del Darro en las frescas aguas.

Ella es toda mi fortuna;
como una reliquia guárdala,
hasta que torne de nuevo
la media luna de plata
á brillar más refulgente
en el cielo azul de España.—»

Y era tan rudo el esfuerzo
para hablar, que se agitaba
sobre el pecho ensangrentado
su luenga y canosa barba.

Expiró tranquilo el viejo,
y al vidriarse su mirada,
sobre el oro de la llave
resbaló su última lágrima.

ELEGÍAS DE GRANADA

PARA JOSÉ ENRIQUE RODÓ

I

Humana grandeza:
orgullo, belleza,
poder, sentimiento,
todo, todo es viento,
humo que se va...

En los viejos muros
con trazos seguros,
un día lejano
lo esculpió una mano
que ni polvo es ya...

Lo saben las flores
y los ruiseñores;
el ciprés lo siente,
lo dice la fuente:
—¡No hay más Dios que Alá!

Plantar quiso en vano
su cruz el cristiano
en tus torres... Nada...
Granada es Granada...
¡Siempre lo será!

Lo saben las flores
y los ruiseñores;
el ciprés lo siente
lo dice la fuente:
—¡No hay más Dios que Alá!

II

Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido
en la noche de estrellas perfumada
algo más doloroso que su triste gemido?

Todo reposa en vago encantamiento
en la plata fluida de la Luna.

Entre el olor á nardos que se aspira en el viento
la frescura del agua es como una
mano que refrescase la sien calenturienta.

El agua es como el alma de la ciudad. Vigila
su sueño, y al oido del silencio le cuenta
las leyendas que viven á pesar del Olvido.

Y bajo las estrellas de la noche tranquila
tiene palpitaciones de corazón herido.

¡La voz del agua es santa!
Quien la profunda música de su acento adivina
comprenderá algún día la palabra divina.
El agua es guzla donde Dios sus misterios canta.

Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido
en la noche de estrellas perfumada
algo más doloroso que su triste gemido?

Una, gorgoteante, suspira entre las flores
de un carmen, esperando una mano de Ensueño
que abra á la blanca Luna sus claros surtidores
para dar á la noche sus diamantes de sueño,
y mientras, sobre el mármol, una á una, desgrana
las perlas de sus ricos collares de Sultana.

Algunas se despeñan con ecos de torrente,
y entre las alamedas descienden rumorosas,
arrastrando en el vivo fulgor de su corriente,
en féretros de espuma, cadáveres de rosas.

Otra, por las paredes resbala lentamente,
y entre las verdes hiedras lagrimear se siente,
como, si poco á poco, por una estrecha herida,
se fuese desangrando hasta quedar sin vida.

Las hay ciegas, y en ellas
llora toda la móvil plata de las estrellas.

Hay en el aire tanta humedad que da frío...
La noche un fresco aroma acuático deslíe...
El agua llora, gime, suspira, canta y ríe,
y dominando el gárrulo y eterno murmurio
se oyen plañir los roncos misereres del río.

La sangre de Granada corre por esas fuentes,
y en el hondo silencio de las noches serenas,
al escuchar sus músicas, sobre los viejos puentes,
la sentimos que corre también por nuestras venas.

Adnerme nuestro espíritu su musical encanto;
bebemos el ensueño de sus respiraciones;
penetra hasta la carne en lentas filtraciones,
y huye por nuestros ojos en un continuo llanto.

Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido
en la noche de estrellas perfumada
algo más doloroso que su triste gemido?

III

Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada...

Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales, ya no te reflejas
como una Sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas.

Ya los tejedores no entonan cantares,
mientras tus telares
hilan las más ricas y frágiles sedas.
Mudas se quedaron tus alfarerías...
Tan sólo las brisas lloran elegías
entre los verdores de las alamedas.

El agua que en todo su frescor diluye
es llanto que eterno de tus ojos fluye,
llorando la antigua grandeza pasada...

De tu poderío
ya no resta nada...
Tu gloria, Granada,
pasó, como pasa bajo el puente el río.

Ya bajo tus muros no hay un alarife
que teja el ensueño de un Generalife
con gemas y perlas y randas de encajes;
ni al marcial estruendo de atambor sonoro
cruzan por tus plazas los Abencerrajes,
vestidos de plata y armados de oro.

Ya las callejuelas de tu Alcaicería
no invade el tumulto ni la algarabía
de hombres que discuten en lenguas extrañas.
Ni sueñan princesas tras los alhamíes;
ni en Bib-Rambla quiebran, justando, sus cañas
gallardos Gomeles y altivos Zegríes.

Ya por Puerta Elvira
la plebe de activos obreros, no mira
pasar los botines guerreros. Altivos
caudillos de polvo, de sangre bañados,
que arrastran cadenas de tristes cautivos
por largas hileras de picas guardados.

Ni ve los camellos de las caravanas
que vienen cargados
con oro y perfumes, de tierras lejanas;
ni entre la arboleda que ensombra el camino
contempla un relámpago de armas que se aleja,
ni de las antorchas, á la luz bermeja
fabrica palacios dignos de Aladino.

Ya el Darro no copia sobre sus cristales
ojos negros entre nubes de almaizales,
ni á beber sus aguas inclinan los cuellos,
mojando las crines, ágiles corceles,
mientras de la Luna los áureos destellos
riman con la albura de los alquiceles.

Ya el Genil no riega
las huertas floridas
de las academias que pueblan la vega;
ni en sus frescas aguas lavan sus heridas
soldados que tornan de alguna algarada.

Su corriente gime, como avergonzada...
Una pena eterna suspira en su canto,
cual si en vez de aguas, arrastrase llanto...

¡La Alhambra está sola! Entre la floresta
ya no queda un eco de la antigua fiesta;
bajo los encajes de los ajimeces
la voz de la guzla no solloza amores,

mientras entre aromas y entre ruiseñores
da la Luna al mármol áureas palideces.

Ni en las alcatifas de sus patios mudos
tejen odaliscas, con sus pies desnudos,
todas las lascivas danzas del Oriente,
entre los perfumes de los pebeteros;
ni por sus mosaicos resonar se siente
la espuela de oro de altivos guerreros.

¡Granada, Granada! Tu Alhambra está en ruínas.
Llorando hasta el Africa van las golondrinas
á dar á tus hijos el triste mensaje...

Y tus nobles hijos lloran de coraje,
ensillan los potros, empuñan la espada,
y aullando de rabia, se van hacia el mar.

Y al ver los perfiles de Sierra Nevada
se postran de hinojos y gimen:—¡Granada!...—
Y las olas lloran al verlos llorar...

Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada...

¡Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una Sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas!

HACIA DAMASCO

Á SIMÓN BARCELÓ